

LAS MUDAS DE UN LECTOR: MARIO VARGAS LLOSA Y *LOS RÍOS PROFUNDOS* DE JOSÉ MARÍA ARGUEDAS

Resumen

A treinta años de distancia (1966-1996), el escritor peruano Mario Vargas Llosa produjo dos versiones de una aproximación a Los ríos profundos de su compatriota José María Arguedas. La reescritura de "Ensoñación y magia" en La utopía arcaica es un testimonio más de la evolución ideológica y política de Vargas Llosa, de su ruptura con el castrismo en 1971, así como de su adhesión a una corriente liberal de pensamiento a la zaga de Karl Popper.

Palabras clave: *literatura peruana, indigenismo, sociocrítica, Vargas Llosa, José María Arguedas*

Abstract

With a thirty years difference (1966-1996), Peruvian writer Mario Vargas Llosa produced two versions of an approximation to his compatriot José María Arguedas' Los ríos profundos. The re-writing of "Ensoñación y magia" in La utopía arcaica is another testimony of Vargas Llosa's political and ideological evolution, his 1971 break with Castroism, as well as his adherence to a liberal stream of thinking following Karl Popper.

Key words: *Peruvian literature, indigenous movement, socio-critics, Mario Vargas Llosa, José María Arguedas*

En el umbral de esta contribución para un número de la *Revista de Estudios Hispánicos* dedicado a escritores vinculados al Departamento del mismo nombre de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras, quisiera traer a la memoria del lector el cariñoso recuerdo que de su paso por la Isla dejó Mario Vargas Llosa en "Imagen y realidad de Puerto Rico", artículo de 1970 recogido en *Contra viento y marea (I)* (1986). Ahí nos procuró una reflexión sobre su estancia de seis meses donde denunciaba claramente el estatuto colonial del país y abogaba por su independencia realzando a la misma vez el papel de la Universidad en el proceso político: "Hoy día mismo, la Universidad de Puerto Rico, además de ser, académicamente, un centro de alto nivel, es el núcleo más dinámico de la conciencia nacional y el escenario de la lucha más activa por la dignidad, la cultura y la liberación de la isla".¹

¹ Mario Vargas Llosa, *Contra viento y marea (I)*, Barcelona, Seix Barral, 1986; p. 247.

Huelga decir que dudamos mucho de que el alcance político de frases como la anterior, vuelva a aparecer bajo la pluma del novelista peruano en este principio del siglo XXI. Sirva de posible hito ideológico la evolución del pensamiento de Vargas Llosa sobre la novela indigenista de su compatriota José María Arguedas, *Los ríos profundos* (1958).

Cuatro años antes de su elogio puertorriqueño, el autor de *La ciudad y los perros* había publicado en la revista cubana *Casa de las Américas*, dirigida en aquel entonces por Roberto Fernández Retamar, un primer comentario a *Los ríos profundos*, que fue reproducido como prólogo a una edición chilena de la novela de Arguedas bajo el título de "Ensoñación y magia en José María Arguedas" y como la tercera de "Tres notas sobre Arguedas" recogidas en una miscelánea sobre la "nueva" novela hispanoamericana. Este mismo texto encabezará, con menudas diferencias, la edición de *Los ríos profundos* de la clásica "Biblioteca Ayacucho".²

Ahora bien, la persona de José María Arguedas y su escritura novelística relacionada con la ideología del indigenismo no dejaron de perseguir a Vargas Llosa desde aquella temprana nota periodística suya de 1955³ hasta el libro que le dedica al autor de *Todas las sangres* en 1996. El capítulo X, otra vez titulado "Ensoñación y magia" de *La utopía arcaica*, funciona como segunda lectura (¿definitiva?) de *Los ríos profundos*.⁴ Los apuntes que vienen a continuación constituyen a su vez una lectura contrastiva de las dos versiones de Vargas Llosa.

El enfoque que da en la primera aproximación a *Los ríos profundos* parte del narrador, Ernesto, niño desadaptado, escindido entre el mundo de los indios, su paraíso perdido, y el de los blancos de Abancay. Las vías de escape escogidas por Ernesto son la ensoñación y una intensa comunicación con la naturaleza, actitudes que, según Vargas Llosa, se proyectan en la estructura del libro. En el colegio donde el destino lo ha separado del mundo armónico de la sierra india, Ernesto se siente exiliado y, a modo de compensación, se refugia en "una realidad pretérita, decantada, diluida, enriquecida por la memoria" (Pról.; p. 10), comportamiento que determina el lirismo de la escritura del libro, pero también la naturaleza "refractaria a lo actual, pasadista" (p. 12) de

² Véanse Mario Vargas Llosa, "Los ríos profundos", en *Casa de las Américas*, VI, núm. 35 (marzo-abril 1966), 105-109; "Ensoñación y magia en José María Arguedas", prólogo a la ed. de *Los ríos profundos*, Santiago de Chile, Ed. Universitaria, col. "Letras de América", 1969 (2ª ed.); pp. 9-17 [citare el primer comentario de Vargas Llosa por este prólogo]; "Los ríos profundos: ensoñación y magia", en *Nueva novela latinoamericana 1*, Buenos Aires, Ed. Paidós, 1969, pp. 45-54 [hay una reimpresión de 1972]; "Ensoñación y magia en *Los ríos profundos*", prólogo a la ed. de *Los ríos profundos*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 38, 1978; pp. IX-XIV.

³ Mario Vargas Llosa, "Narradores de hoy. José María Arguedas", en *El Comercio*, suplemento dominical, (Lima), 4 de septiembre de 1955, 8.

⁴ Mario Vargas Llosa, *La utopía arcaica. José María Arguedas y las ficciones del indigenismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996; pp. 176-194 [citare por la primera reimpresión de 1997].

sus actuaciones. Sólo el paisaje de los Andes lo vincula con el presente de tal forma que el joven protagonista tiende a sustituir a los hombres por la naturaleza cuya descripción alcanza el misticismo, la sacralización pagana. Como el indio, reniega de la razón y se inclina por la magia, condición que alimenta sus supersticiones, en particular las relativas a la muerte. Su religión tan personal lo lleva a la rebeldía contra el Padre director del colegio y a solidarizarse con los indios en lucha contra los amos blancos. Dos episodios acuñados por "una violencia insoportable" estallan en este "libro volcado hacia el mundo interior" (p. 16), se trata del motín de las placentas y los estragos de la Peste, que en tanto "pequeños coágulos de violencia cruda, estratégicamente insertados en el cuerpo sereno y moderado de la narración, son una auténtica proeza formal" (p. 16). Sin embargo, Vargas Llosa le reprocha a su compatriota ciertos descuidos formales "como en el capítulo 'Cal y canto' donde el punto de vista del relato se traslada, sin razón, de la primera a la tercera persona" (p. 16).

Pero, por otra parte, sale en defensa del indigenista al anticipar reproches eventuales que podría hacerle algún detractor sobre su manera de dar cuenta de las injusticias de los Andes en vez de denunciarlas. Adelanta que el reproche sería equivocado por el hecho de que la tragedia personal de Ernesto es producto de los horrores de la sierra andina; en ella se transparentan las raíces del mal atestiguando literariamente, es decir por refracción de la realidad socioeconómica.

La reescritura de 1996 —es decir con treinta años más y una muda ideológica radical de Vargas Llosa a raíz del caso Padilla y, dato relacionado con la publicación de esa primera lectura de *Los ríos profundos*, de su renuncia al Comité de la revista *Casa de las Américas* el 5 de abril de 1971—⁵ aparece, según queda dicho, como décimo capítulo de *La utopía arcaica*. Si bien el título ("Ensoñación y magia") es el mismo del comentario original en la reimpresión de las ediciones chilenas, el contenido, aunque integre largos pasajes de la primera versión, difiere notablemente de ésta por las inflexiones y remodelaciones ideológicas que la enmarcan ahora. El mismo título de la obra crítica en la que se inserta ya marca la pauta de la reflexión nueva por la connotación negativa del adjetivo ("arcaica") que acompaña un sustantivo ("utopía") cuyas notas semánticas adheridas no son siempre positivas.

Por otra parte, el texto nuevo viene ritmado por títulos intercalados que por su posición destacada y su función de hilo conductor inducen una lectura orientada por los derroteros sociopolíticos del crítico posteriores a 1971.

El párrafo preliminar del capítulo subraya las cualidades estilísticas y estructurales de *Los ríos profundos* (la "mejor novela" de Arguedas; p. 176), especificadas en el primer apartado, "El castellano amaestrado", en el que Vargas Llosa destaca la gran eficacia artística de una lengua narrativa donde

⁵ Léase esa carta en *Contra viento y marea (I)*; pp. 248-249.

la presencia del quechua en el discurso narrativo testimonia de una sociedad dividida. En el apartado siguiente, "Dos narradores", la discriminación entre un narrador principal, homodiegético, y otro omnisciente, impersonal, que asume por breves momentos el gobierno del relato, salva lo que en la primera lectura era un "defecto de construcción" molesto. Ahora la muda de los narradores del capítulo IX, "Cal y canto", de *Los ríos profundos* sufre un análisis bien diferente que lo justifica todo:

El episodio empieza siendo referido a Ernesto, en el colegio, por otros alumnos, intermediarios cuyas voces se alternan y llegan a los lectores transmitidas por la del narrador-personaje. Esa sucesión de voces genera un hábil desorden, cortina de humo que facilita la muda al narrador omnisciente y exterior al relato [...] El punto de vista retorna a Ernesto, mediante una nueva muda espacial, gracias a otro artilugio, una frase-rumor de ambiguo propietario [...]. (p. 178)

¿No sería esta "muda" de opinión sobre un problema de narratología la máscara de otra "muda", ideológica, destinada a situar a Arguedas en "la utopía arcaica", descalificada por su pasadismo y su inadecuación a las realidades andinas? Antes de contestar la pregunta, hace falta seguir los argumentos de Vargas Llosa acumulando los nuestros que verificarán o no esta hipótesis.

El apartado titulado "La doble filiación" copia el principio del texto de 1966 —correspondiendo las páginas 9-12 del prólogo a las 179-182 de *La utopía arcaica*— con retoques menudos, agregaciones o supresiones de palabras, rectificaciones de la puntuación que mejoran el estilo o añaden alguna precisión sin modificación sustancial de la semántica discursiva.⁶ Lo más llamativo de esta reescritura es la introducción de intertítulos que encorsetan la lectura proponiendo un programa ideológico donde se suceden "El refugio interior" (de Ernesto), "La utopía arcaica personal" y "Un racismo omnipresente". Además en este último apartado, Vargas Llosa ilustra los prejuicios raciales que se encadenan en la sociedad abanquina con ejemplos ausentes de la versión anterior. Asimismo agrega un apartado sobre "La música", "central en la realidad ficticia" (p. 183), tan protagonista de la novela como la naturaleza en la primera versión cuyo texto se vuelve a copiar en el apartado "La naturaleza humanizada" infiltrándose ahora un juicio de valor estético que, quizá, como la

⁶ Por ej. en vez de "Subjetivamente *solidario* de los indios..." (Pról. p. 16), se lee "Subjetivamente *identificado* con los indios..." (*Utopía*; p. 179); en vez de "...al colegio donde se educan los jóvenes acomodados de la ciudad" (Pról. p. 10), se lee "... los jóvenes de la ciudad, acomodados *muchos de ellos, aunque también de familias medianas y modestas*" (*Utopía*, p. 180); en vez de "... diferencias abisales" (Pról.; p. 10), se lee "diferencias *abismales*" (*Utopía*; p. 180); en vez de "Arguedas *ha* transplantado ... su propia tentativa", se lee "... su propio *empeño*"; en vez de "... con la realidad presente." (Pról.; p. 12), se lee "... con la realidad presente: el mundo natural" (*Utopía*; p.182); en vez de "... que no tiene ocasión de entregar efectivamente al indio, prisionero como está de una clase social ..." (Pról.; pp. 12-13), se lee "... y no tiene ocasión *tampoco de hacerle llegar efectivamente al indio, a esas víctimas hacia las cuales sus sentimientos lo empujan, prisionero ...*" (*Utopía*; p. 183).

revalorización de las mudas narrativas del capítulo "Cal y canto", cambia el sentido del texto crítico original: "En *Los ríos profundos*, como en todas las ficciones de Arguedas, las descripciones son siempre más logradas que los diálogos" (p. 185).

Pero es el apartado titulado "La razón y la tribu" el que verdaderamente pone en marcha la máquina diferencial entre las dos versiones de "Ensoñación y magia". Consiste en una respuesta a unos reparos que le hizo a Vargas Llosa el crítico William Rowe, quien rechazaba lo del irracionalismo mágico-religioso como espacio de refugio de Ernesto.⁷ A su vez Vargas Llosa acusa a su contrincante de no ver evidencias por "prurito ideológico" (p. 186). En 1996, Vargas Llosa reincide en atribuir al protagonista de Arguedas una visión del mundo irracional, no científica, una cultura mágico-religiosa que por refinada que sea no dejará nunca de ser "primitiva" (p. 187), una visión propia de una sociedad tribal. Aquí el Karl Popper de *The Open Society and Its Enemies* le sirve de andamiaje argumentativo: Ernesto no ha dado el paso que separa la mentalidad "primitiva" de la "científica" vinculada con "la comunidad de individuos libres y soberanos", que, según deducimos, es el ideal social compartido del filósofo vienés y del memorialista de *El pez en el agua* (1993). El mundo de Arguedas y de Ernesto es el de la "tribu popperiana", "inmersa mágicamente en la naturaleza" fuera del cual el individuo se siente desamparado.

En sus ficciones, Arguedas construyó un mundo imaginario en el que confluyen sus conocimientos etnológicos, sus "demonios personales" y su fantasía. Son novelas y no tratados etnohistóricos o manuales de propaganda ideológica. La coherencia interna de la visión del mundo ficticio trasciende lo personal y se impone al lector.

Los dos apartados siguientes "Un mundo mágico-religioso" y "Una religión personal" de *La utopía arcaica* (pp. 188-190) vuelven a reproducir el de 1966 (pp. 14-15) con diferencias mínimas, retoques estilísticos, precisiones argumentativas o nuevas ilustraciones textuales sacadas de *Los ríos profundos*,⁸ huellas de una relectura atenta de la novela. Pero a veces sospechamos que las "correcciones" tienen otro alcance. Así los cambios adjetivales de la frase siguiente son quizá menos inocentes de lo que parece: "Desde su refugio interior, Ernesto participa emocionalmente en la pugna terrible que opone al indio y a sus amos". (Pról.; p. 15), se lee en 1996: "Desde [...], Ernesto participa de la pugna que opone [...]". (p. 190). La omisión del adverbio y del adjetivo quita el dramatismo de la lucha racial y social, mientras el cambio de la preposición *en*

⁷ William Rowe, *Mito e ideología en la obra de José María Arguedas*, Lima, Instituto Nacional de Cultura, 1979; p. 72.

⁸ Así la muerte "acarreada por las tarántulas o *apasankas*" o las consecuencias funestas de la aparición de un cometa (p. 188).

por *de* tras *participar* parece corresponder a una disminución del grado de adhesión de Ernesto en ella. Asimismo la supresión del adjetivo "estáticos" de la valoración de la estructura novelística hecha de "episodios, casi siempre concebidos como cuadros *estáticos* e independientes" (Pról.; p. 15) realza la calidad estética de *Los ríos profundos*.

El apartado "Matriarca, demonio o virgen" empieza retomando la versión original pero pronto inserta una nueva disquisición sobre los personajes femeninos de *Los ríos profundos* comparados con los de *Yawar Fiesta*. En aquella novela, las mujeres logran una individualidad y un valor mayores sustituyendo a los hombres en la rebelión. También el mestizo, despreciado por los indios y los blancos en *Yawar Fiesta*, "ha cambiado de valencia moral y muestra más bien unas reservas de energía, indignación y coraje frente a la injusticia" (p. 191).

Sin embargo, la sexualidad es siempre degradante y maldita en *Los ríos profundos*. "La muerte de la opa, su cuerpo pecador hirviendo con los fantasmagóricos piojos de la peste, es como un símbolo del horror que acompaña el quehacer sexual en el mundo de Arguedas." (p. 192) No puede ser más llamativo el contraste entre esta visión y los vericuetos de una sexualidad sofisticada que Vargas Llosa ya había explorado en *Elogio de la madrastra* (1988) y seguía desmenuzando en *Los cuadernos de don Rigoberto* (1997), novela que publicaría un año después de su libro sobre Arguedas. También se contrastarán el retrato de doña Lucrecia, la madrastra de Alfonsito, el niño perverso de Vargas Llosa, y el de la mujer soñada, idealizada de Ernesto, el niño inocente de Arguedas.

El texto de 1966 vuelve a copiarse después de estas interpolaciones sobre las figuras femeninas y la sexualidad. El lector de Vargas Llosa esperaba o bien que omitiera cualquier referencia a los descuidos técnicos de *Los ríos profundos*, o bien que diera otros ejemplos de éstos además del capítulo IX, "Cal y canto", estéticamente revalorizado páginas arriba de *La utopía arcaica*. No hace ni lo uno ni lo otro contentándose con repetir la frase sobre los "defectos de construcción" de la novela y suprimir la ilustración textual. En cambio, añade un ejemplo de "proeza formal" (Pról.; p. 16), expresión sustituida en 1996 por un actualizado "acierto estructural" (p. 192), el de "esas manchas de piojos que embalsaman las cabezas de cuerpos de los agonizantes de la peste, como la opa" (p. 193).

También la conclusión de la versión revisada empieza, bajo el subtítulo de "Ficción e ideología", reproduciendo la de 1966. Sin embargo, introduce una nueva pregunta retórica que contribuye a acrecentar el peso de lo estético sobre lo ideológico: "¿Un mundo mágico-religioso que debe casi tanto a la fantasía personal y las propensiones y devociones del autor como a la cultura quechua?" (p. 193). Y a renglón seguido transforma una predicción de 1966: "No faltará quienes digan que se trata de un testimonio alienado sobre los Andes, que Arguedas falsea el problema al transponer en una ficción las

mistificaciones de la realidad en vez de denunciarlas" (Pról.; p. 16) en un informe sobre un hecho ya ocurrido: "No ha faltado quienes vieran en esta novela un distorsionado testimonio [...]" (p. 193). La reescritura de la frase incluye a William Rowe, sin volver a mencionarlo, entre los que forzaron el texto novelístico "para leer en ella una descripción explícita y ortodoxa de la lucha del campesinado contra el feudalismo y la explotación en los Andes", interpretación política reductora a la que suscribió *a posteriori* el propio Arguedas. Reproches y autocrítica eran esfuerzos innecesarios porque *Los ríos profundos* es antes que nada una "ficción" que, insiste Vargas Llosa en 1996, integra la realidad social que en ella aparece "de la manera encubierta y mitologizada con que la literatura refleja el mundo" (p. 193).

Por fin reescribe también la penúltima frase de "Ensoñación y magia", añadiendo un elemento más a la tragedia singular de Ernesto: "En su confusión, en su soledad, en su miedo, en su ingenua aproximación mágica a las plantas y a los insectos, se transparentan las raíces profundas del mal" (Pról.; p. 16). Tras suprimir el adjetivo "mágica" por corrección estilística, Vargas Llosa remata ahora la enumeración de complementos con "en su fuga constante hacia el pasado, lo imaginario y lo mágico" (p. 194), circunstancia que se relaciona directamente con *la utopía arcaica* y la ideología *pasadista* ya no del niño sino del propio Arguedas, en cuanto se sabe que el *bildungsroman* transpone experiencias autobiográficas.

La transformación textual que acabamos de describir ha de relacionarse a su vez, como queda dicho, con el hecho de que para reciclarse en un libro sobre José María Arguedas, el artículo aparecido en *Casa de las Américas* treinta años después tenía que dar cuenta, con la honradez intelectual de que hace gala Mario Vargas Llosa,⁹ de su propia evolución ideológica y cambios de posturas políticas. Se podía sospechar que al salir en defensa del *escritor* José María Arguedas en la nota del 66, el flamante autor de *La casa verde* (publicada en marzo de 1966) sembraba ya un punto de divergencia con la intelectualidad cubana representada en aquella época por el director de la revista Roberto Fernández Retamar. Ese desvío ideológico aparece en la respuesta que Vargas Llosa da a una encuesta sobre la problemática del intelectual publicada en las páginas 97-98 del mismo número 35 de *Casa de las Américas* que acogió el primer comentario sobre *Los ríos profundos*:

Si bien Vargas Llosa opina que el escritor debe ocupar un puesto en la lucha por la liberación nacional, establece una distinción tajante entre el escritor y el intelectual: contrariamente a lo que ocurre en el caso del intelectual, el elemento determinante en

⁹ Sin embargo es de notar que al remitir él mismo a su interpretación de 1966, nunca Vargas Llosa ni en la nota 3 de pie de la página 186, ni en la bibliografía de *La utopía arcaica*, p. 347, la cita por la versión original de *Casa de las Américas*, sino por la reproducción de *Nueva novela hispanoamericana 1* de 1969.

el escritor siempre es de índole irracional porque necesita ser fiel a su "vocación". Esta fidelidad lo puede llevar a contradecir las convicciones políticas que defiende en su postura de intelectual y conducir a un "desgarramiento". Lejos de huir tal desgarramiento, debe convertirlo en literatura.¹⁰

Escisión que un Fernández Retamar, partidario de la eliminación de un eventual "desgarramiento" y de la opción determinada del escritor en pro de la revolución rechaza radicalmente. Ya se sabe que el divorcio virtual se volverá real en 1971. La reutilización del texto sobre Arguedas posterior a esta fecha sólo era posible mediante una estrategia de reescritura que consistió en conservar del comentario todo lo que salvaba los privilegios de la ficción y de lo imaginario. Las explicaciones textuales agregadas y los ejemplos añadidos a las consideraciones analíticas de la primera versión también contribuyen a valorar los aspectos estéticos de la novela reduciendo el alcance político e ideológico. Hasta se rescata en 1996 lo que en 1966 era considerado como un fallo narratológico.

Por otra parte se reideologiza negativamente la primera lectura de *Los ríos profundos* al integrar la novela en una *utopía arcaica* y pasadista, que no hace sino producir seres frustrados y anticuados. Aquí le viene de perlas a Vargas Llosa apoyarse en la autoridad intelectual de Karl Popper (1902-1994), cuya trayectoria ideológica prefigura la suya y con quien acaba identificándose. El filósofo de la London School of Economics, estrechamente ligado al liberalismo, comparte con Vargas Llosa "el repudio a todo tipo de nacionalismos" y "su crítica al comunismo, al marxismo y al socialismo, a los que perteneció durante algún tiempo en su juventud".¹¹

Al acudir a Popper como garante intelectual de sus aseveraciones, Vargas Llosa esboza la figura antitética de la de Arguedas, admirado novelista pero pésimo pensador de una utopía retrógrada. A las imposiciones de una sociedad encerrada en los Andes, Vargas Llosa prefiere el pensamiento popperiano que ofrece "la única posibilidad de que la verdad se vaya desbrozando un camino [por] el ejercicio de la crítica racional y sistemática a todo lo que es —o simula ser— conocimiento". Esa frase la entresaco de un artículo de 1989 en homenaje a Karl Popper, cantor de la libertad, "condición imprescindible para el hombre". A la utopía de Arguedas que, como todas las sociedades imaginarias, ha de proteger su programa ideal contra el mundo exterior cerrando herméticamente sus fronteras, Vargas Llosa opone "la teoría de Popper sobre el conocimiento" que "es la mejor justificación filosófica del valor ético que caracteriza,

¹⁰ Nadia Lie, *Transición y transacción. La revista cubana Casa de las Américas (1960-1970)*. Gaithersburg-Leuven, Hispanérica/Leuven University Press, 1996; p. 168.

¹¹ Joaquín Estefanía, "Una aventura intelectual del siglo XX", en *El País (Babelia)*, 15 de octubre de 2002, 13.

más que ningún otro, a la cultura democrática: la tolerancia".¹² Al autor de *La guerra del fin del mundo* (1981), novela que denuncia toda clase de intolerancia, no se le podrá quitar la coherencia ideológica...desde 1971.

Jacques Joset
Université de Liège
Bélgica

¹² Mario Vargas Llosa, "Karl Popper, al día", in *El País*, 27 de abril de 1989 [Cito por *El País*, ed. internacional, 1 de mayo de 1989, 9-10].